

La biblioteca de Budapest

He aquí las palabras que Ernesto Sábato pronunció, a través de videoconferencia, en la inauguración de la Biblioteca del Instituto Cervantes de Budapest que lleva su nombre. El escritor argentino no pudo estar presente en la inauguración aunque manifestó su deseo de visitarla próximamente.



© RICARDO MARTÍN

Ernesto Sábato, premio Cervantes 1984.

Hay experiencias, emociones, que imprimen una huella en nosotros, que abren un surco que nos permite seguir adelante confiando misteriosamente en la vida; es esta una de ellas. Agradezco profundamente este homenaje que me brinda el Instituto Cervantes, al designar con mi nombre la biblioteca en la maravillosa ciudad de Budapest.

A esta altura de los años, este homenaje se constituye en un hito en mi alma que permite ensanchar el caudal de vivencias que han marcado hermosa y hondamente mi vida. Imagino con emoción cómo mi nombre quedará acompañando desde hoy la labor de esta biblioteca;

como uno más, quisiera estar junto a quienes vayan allí a inclinarse ante los libros como también yo lo hice, y desde mi niñez, en mi pueblo de campo en la Pampa argentina; entonces, en una modestísima biblioteca popular, me acerqué por primera vez a los grandes relatos que me permitieron calmar mi ansiedad de muchacho solitario, y agobiado ante la realidad del mundo.

Con la fascinación y el temor con que uno se acerca a estos lugares tratando de hallar un texto, un trozo de sentido ante la existencia, como alguien que por primera vez entra en un templo del que aún no puede descifrar el significado de los símbolos y ritos sagrados, pero sabiendo, intuyendo, que en ese lugar hay algo trascendente, está resguardado.

Los hechos significativos de la existencia siempre han necesitado ser narrados, primero oralmente, luego a través de los libros. Ese lograr es esencial de las bibliotecas, cuidar los grandes textos de la literatura, la religión, la ciencia, la filosofía, donde a lo largo de siglos los hombres han ido revelándose a sí mismos, tratando de hallar un sentido a sus permanentes interrogantes, a sus desgarros, a sus búsquedas y sus extravíos tratando de recuperar un vínculo con el otro y con el mundo, una armonía con la tierra, el misterio y la sangre. Ya que los textos que nos sirven, los que aun siendo antiguos, se nos manifiestan como una verdad relegada para nuestros presentes, son aquellos que han sido escritos con sangre, son los que

generan entre el autor y el lector una comunión que trasciende épocas y geografías y nos colman con un abrazo, nos hablan desde la silenciosa proximidad en sus palabras por esa virtud de la Literatura y el Arte.

Aunque nunca tuve la dicha de llegar a Hungría, sí puedo afirmar que la he sentido a través de sus poetas, de sus poesías y de la imponente fecundidad de su Danubio y de su gente.

Me es grato saber que será Elvira, será Elvira [E. González Fraga, esposa de Sábato], quien llevará hasta allí mi obra, mi gratitud y mi afecto.

Agradezco a todos ustedes reunidos, a los húngaros y a los españoles, y a César Antonio Molina, a quien de horas de amistad y de gran dedicación quiero reiterarle mi agradecimiento, este privilegio de presidir esta biblioteca cervantina en Budapest.

Bueno, gracias, muchas gracias.



© DANIEL DANZBERG

Los Príncipes de Asturias, en la inauguración de la biblioteca Ernesto Sábato, conversan con Elvira González, esposa del escritor; María Jesús Sansegundo y César Antonio Molina.